

La frontera negra

Silvestre Vilaplana



Algar Joven

Asómate al abismo

La comitiva encaraba las puertas del cementerio. Si durante el trayecto se habían podido oír leves susurros entre los acompañantes, ahora, al atravesar el arco de hierro negro ornado de cipreses, el silencio era absoluto, casi doloroso. Solo se oía el lento roce de los pies sobre la grava por el sendero que conducía a la tumba expectante. Esculturas de ángeles y cruces de piedra oscura marcaban la senda con su fúnebre presencia, apenas un recuerdo de muertes antiguas, un murmullo de llantos perdidos sobre el polvo del trayecto.

La mayoría de los escasos asistentes al entierro llevaban la cabeza baja y no osaban alzar la mirada del suelo, o no podían hacerlo, aplastados por el peso inmenso de la tristeza. De vez en cuando, alguien levantaba la vista y buscaba con los ojos el principio de la afligida procesión. Delante, abría el séquito el ataúd, arrastrado sobre un carro de aluminio por dos operarios. Inmediatamente detrás, la madre, sola, de negro riguroso, como una guía funesta que abriera el acceso a los infiernos. Los que la conocían decían que había envejecido diez años en un solo día. Sin embargo, presidiendo el entierro, parecía entera. Ningún gesto, ninguna mirada denotaba el presumible dolor que la consumía. Alguien había comentado que la habían atiborrado de tranquilizantes para que fuera capaz

de asistir a la ceremonia. Dos pasos más atrás, caminaba el resto del duelo. Todos amigos de la madre, todos entristecidos, todos con el pensamiento lleno de recuerdos y de incredulidad. Resaltaba la ausencia de familiares y, sobre todo, de amigos del muerto.

Hacía apenas unas pocas horas que el cuerpo que ahora ocultaba el ataúd era un joven lleno de vitalidad, activo y aventurero. Y, después, aquel accidente. Una carretera mojada por la lluvia, una velocidad excesiva y una vida que pasa a engrosar las luctuosas estadísticas de muertes en ruta. Simplemente así. El cuerpo había quedado tan desfigurado que los mismos médicos habían aconsejado que no lo viera nadie. Ni siquiera la madre, quien, al recibir la noticia, había perdido el sentido y había caído desmayada. Quizás por eso, aún parecía más irreal y más difícil de entender que aquello que ahora acompañaban eran los restos de un hombre al que conocían y no una sencilla caja de madera oscura.

La comitiva se detuvo unos metros más allá, al final de una hilera de tumbas adornadas con flores que empezaban a estar mustias, las únicas acompañantes de unas fotografías de seres desconocidos que solo pervivían en los recuerdos. Alrededor de un nicho abierto, los asistentes hicieron un círculo. El silencio solo se rompía por alguna tos nerviosa y por el ajeteo diligente de los enterradores, que querían acabar cuanto antes porque sabían que aún les esperaba otro cadáver esa mañana. Para ellos, todo aquello era pura rutina, la simple costumbre del dolor ajeno.

Una nube pasajera ocultó el sol mientras uno de los trabajadores subía con el carro hidráulico el ataúd a la

altura del nicho y, en ese momento, todos tuvieron la sensación de que la temperatura descendía vertiginosamente porque un escalofrío de tristeza les había recorrido el alma. Todo acababa allí.

Después, un ligero empujón y la caja se quedó incrustada para siempre en las oscuras estancias del sepulcro. La madre no había querido ningún tipo de ceremonia. No creía que las palabras recitadas por un cura o por cualquier amigo pudieran amortiguar su dolor. Nada podía servir de consuelo. Por eso, cuando los enterradores acabaron de colocar la última losa que cubriría el hueco y marcaron sobre el cemento las iniciales del difunto, hubo un momento de duda y de confusión. Los acompañantes no sabían qué debían hacer. La madre permanecía de pie ante todos, sin mover ni un músculo, y el resto de los presentes se miraba de reojo. Finalmente, los más alejados empezaron a marcharse y, poco a poco, se deshizo el círculo.

Diez minutos más tarde solo quedaba la madre, hierática, como una estatua ante aquellas letras marcadas torpemente sobre el cemento. Detrás de aquellas grafías irregulares quedaba todo lo que daba sentido a su vida. Hacía horas que no lloraba; una especie de extraño pudor le impedía mostrar su pena ante los demás. Aquel sufrimiento era tan grande que no quería que nadie lo observara, le habría parecido obsceno compartir su aflicción. Entonces, sola, empezó a llorar. Las lágrimas fluyeron primero lentamente, después con desesperación, como si aquel dolor que había contenido hasta entonces pudiera, por fin, desbordarse. No se cubría la cara con las manos, ni siquiera pretendía secarse el ros-

tro, solo llorar, dejar resbalar unas lágrimas que tampoco podían consolarla.

De repente, se detuvo. Le había parecido oír un pequeño golpe. Su cerebro asoció inmediatamente el ruido con los enterradores, pero cerca de ella no había nadie. De improviso, oyó de nuevo el mismo sonido. Se secó las lágrimas con un pañuelo y, tímidamente, se acercó a la tumba de su hijo. Habría apostado a que el golpe procedía de dentro del ataúd. Intentó apartar de su mente aquella posibilidad que sabía ilógica, más propia de la demencia. Durante un instante nada perturbó el silencio, después oyó otra vez aquel ruido, como de madera que es golpeada.

Ya no tenía ninguna duda. Su hijo estaba vivo dentro del ataúd y quería salir. Con las manos intentó agujerear el cemento, pero ya había empezado a secarse y apenas conseguía avanzar. Las uñas se le rompieron y golpeó con los puños aquella maldita cortina de material grisáceo que la separaba de su hijo. Impotente, empezó a gritar tan fuerte como podía.

—¡Por favor, ayudadme!

El sol, poniéndose, llenaba de rojos el inmenso da-
mero que formaban las tumbas.

La sala estaba casi en penumbra, iluminada por una lámpara estrambótica que apenas ofrecía su círculo de claridad a una pequeña mesa redonda. El resto de la habitación permanecía casi en la oscuridad, pero podían adivinarse algunos muebles de madera noble, una decoración con figuras esotéricas colgadas de forma estratégica para crear una atmósfera de inquietud en aquel que se sentara en la mesa, y una pared pintada de un color oscuro indefinible. Tres mujeres esperaban con impaciencia sentadas alrededor de la mesa. Una de ellas, la más mayor, movía rítmicamente las manos frotando las palmas sobre las piernas sin parar. Las otras intercambiaron una mirada de burla.

De repente, apareció él. Había surgido prácticamente de la nada y las mujeres tuvieron un ligero sobresalto. Como siempre, vestía de negro riguroso y solo dejaba un ligero espacio al color en las sienes canosas y en los ojos intensos. Las mujeres sonrieron nerviosas y le saludaron afectuosamente.

Entonces, él se sentó y habló por primera vez con aquella voz de tenor que hacía veinte años que deslumbraba a las amas de casa.

–Señoras, ¿están preparadas?

Las tres asintieron con vehemencia. La más mayor reemprendió el movimiento frenético que había interrumpido cuando apareció el hombre.

–Me gustaría que las tres tuvieran claro qué quieren preguntar. Comprenderán que la situación no admite tiempo para dudas.

–Ya lo sabemos, señor Andrade. Y solo podemos esperar respuestas cortas y sí o no.

El hombre sonrió complacido.

–Perfecto, Julia. Veo que lo recuerda.

Andrade permaneció en silencio un momento, esperando si era preciso dar otra explicación. Sabía que a veces a aquellas mujeres mayores, ansiosas por lo que estaba a punto de ocurrir ante sus ojos, les costaba entender el proceso. Y él era consciente de que gran parte de la clave del éxito estribaba en seguir las normas de manera correcta. Pasó revista a las tres damas nerviosas y, finalmente, se levantó.

Solemnemente, se dirigió hacia un mueble antiguo que estaba situado al fondo de la habitación. La parte exterior estaba dibujada con delicadas figuras rúnicas que parecían trabajadas con azabache. Abrió con circunspección una de las puertas y sacó un tablero negro de madera noble que medía alrededor de un metro cuadrado. Después lo situó simétricamente sobre la mesa, de manera que estuviera a la misma distancia de las tres mujeres y del espacio que le correspondía a él. Ellas se quedaron hipnotizadas mirando el tablero. Observaron con detalle la alineación alfabética de las letras, el margen adornado con filigranas rojas y los monosílabos SÍ y NO desvaídos, centrados sobre el cuadrado. Aquella mesa de ouija tenía un atractivo que las fascinaba poderosamente, casi de manera enfermiza, hasta el punto de que siempre se

quedaban embelesadas mirando los oscuros relieves que la adornaban. Por eso, no se percataron cuando el señor Andrade trajo dos velas negras, cuando la iluminación de la sala se oscureció ni cuando, finalmente, el hombre ocupó la cuarta silla. Afuera, la lluvia había aumentado de repente y ahora golpeaba rítmicamente sobre el techo de la casa en una especie de repiqueteo incitador. El sonido del reloj al marcar las once de la noche rompió el encantamiento y les provocó un sobresalto.

–¿Empezamos? –propuso el hombre.

Las mujeres se miraron nerviosas y asintieron sin palabras. Había llegado el momento de la verdad.

Entonces, el señor Andrade sacó de las profundidades de la americana un pequeño objeto con forma de lágrima rematado por un orificio en el centro de la parte más ancha. Colocó el instrumento en el centro del tablero de ouija y puso un dedo encima. Poco a poco, las mujeres, algo temblorosas, acercaron su dedo índice al del hombre.

Él se aclaró la garganta con un pequeño ruido, enguló la voz y repitió la fórmula que tantas veces había recitado.

–Espíritus del bien y del mal, fuerzas ocultas de la naturaleza, escuchad la voz de quien os ama, de quien necesita de vosotros, de quien os recuerda. Y responded a su ansia con este instrumento que es capaz de cruzar las puertas de la muerte. Espíritus de la noche, respondednos. ¿Estáis aquí con nosotros?

Dos segundos más tarde, durante los cuales los cuatro contuvieron la respiración, el objeto empezó a moverse. Las mujeres no pudieron evitar un escalofrío que les

recorrió la médula espinal. El artefacto se detuvo justo cuando el círculo rodeaba la afirmación.

–Sí –confirmó con un hilo de voz la mayor de las mujeres.

–Hoy os convocamos porque tres personas quieren hablar con seres queridos que ya han atravesado la puerta gris de la muerte. ¿Tenéis algún impedimento para escucharnos?

La lágrima se detuvo en el NO. El señor Andrade miró a las tres mujeres y se decidió por la que tenía más cerca.

–Abriendo el umbral del más allá nos acompaña Julia, que quiere pedir consejo a su marido sobre la nueva pareja de su hija. ¿Está el esposo de Julia entre nosotros?

El instrumento volvió a pararse en el sí. Entonces, Andrade hizo un gesto con la cabeza a la mujer sentada a su derecha.

–Preparada, Julia. Empezaremos por usted.

De pronto, el objeto sobre el tablero de ouija se puso en movimiento. Iba rápidamente de lado a lado de la negra madera marcando las letras D-A-R-I-U-S-T-A-N-E-R.

–¿Darius Táner? –leyó una de las mujeres–. ¿Quién es?

El señor Andrade no pudo evitar poner la misma cara de desconcierto que sus compañeras de sesión. Fuera, la lluvia golpeaba furiosa contra el suelo y proclamaba la fortaleza terrible de la tormenta. El viento silbaba aullidos tenebrosos entre los árboles y empujaba los cristales de la estancia como si quisiera traspasar la débil protección que aislaba al pequeño grupo, y atacarlo.

El hombre respiró hondo, tosió un poco e intentó recuperar la pose dominante que le caracterizaba.

–Levanten el dedo, por favor.

Las mujeres obedecieron y el artefacto pareció detenerse por un momento, pero de repente la lágrima continuó sola, deletreando palabras.

–L-A-F-R-O-N-T-E-R-A-N-E-G-R-A –leyó Julia–.
¿Qué significa eso?

Pero el médium no contestó, no salía de su asombro. El objeto aceleró repitiendo el orden de las letras una vez y otra, primero el nombre, después aquella referencia a una frontera negra. Las mujeres miraban aterrorizadas aquel espectáculo y al rostro espantado del señor Andrade sin saber qué hacer.

Finalmente, el médium hizo saltar la ouija de la mesa de un manotazo. Un trueno poderoso sonó en la pequeña estancia y un resplandor los deslumbró. Después, silencio. En el suelo yacía el tablero de ouija boca abajo. La lágrima había ido a parar a la otra punta de la habitación. En la sala flotaba un olor extraño, áspero, desagradable. Las mujeres se levantaron temblorosas y frotándose los ojos mientras el señor Andrade permanecía sentado, totalmente lívido y estremeciéndose de pies a cabeza. Sus cabellos habían encanecido de golpe; pero no como creían las mujeres por lo que había ocurrido con la ouija, sino por la oscura figura de ojos maléficos que el médium había entrevisto observándole fijamente a través de aquella luz cegadora.